CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

D. José Cuesta, *calle Mayor*.
D. Casimiro Monier, *Carrera de San Gerónimo*.
D. Juan Diaz de los Rios. *calle de Carretas*.
D. José Perez, *idem*.

CATALOGO *de las obras dramáticas de la propiedad del* CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, *estrenadas últimamente en los Teatros de esta corte.*

DRAMAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

La niña del mostrador.
La mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!!
Rioja.
Muger y madre.
El curioso impertinente.
La aventurera.
La pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hija de las flores ó todos estan locos.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crímen.
La Estrella de las Montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un hombre de estado.
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

El agua mansa.
Un infierno ó la casa de huéspedes.
El duro y el millon.
El oro y el oropel.
El médico de cámara.
Un loco hace ciento.
La tierra de promision
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El peluquero de Su Alteza.
La consola y el espejo.
El rábano por las hojas!
Tres al saco...
Un inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
¿Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
A quien Dios no le dá hijos!..
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragonés.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Los pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo ó el Principe de Moutecresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su muger.
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el Albañil.
María y Felipe.

TRECE A LA MESA,

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO,

IMITACION DEL FRANCES

POR DON MIGUEL PASTORFIDO.

Representada con aplauso en el Teatro de Lope de Vega.

N.° 244.

MADRID.
IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO, N.° 35.
1854.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/trecelamesajugue00past

AL SEÑOR

D. BERNABE MORCILLO DE LA CUESTA,

Caballero de la Real y distinguida órden de Cárlos III, Secretario del Gobierno de la Provincia de Madrid, etc., etc.

En muestra de cariñoso aprecio,

su buen amigo

MIGUEL PASTORFIDO.

714733

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAS.	ACTORES.
DOÑA CLEMENCIA. . . .	Doña Carmen Carrasco.
DOÑA MERCEDES. . . .	Doña Concepc. Sampelayo.
MAGDALENA.	Doña Francisca Tutor.
MATILDE.	Doña Cármen Mur.
FLORENCIO.	Don Florencio Romea.
DON ANGEL.	Don José Pló.
DON BENITO.	Don Lázaro Perez.

Convidados.—Un Lacayo.

La escena es en Madrid.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa un pequeño salon elegante. Puerta en el fondo: dos á la izquierda del actor: una ventana y un piano á la derecha. Sillas, butacas, etc.

ESCENA PRIMERA.

DON ANGEL.—MAGDALENA.

ANGEL. Magdalena?

MAGD. Qué manda usted, señor don Angel?

ANGEL. Tráeme el sombrero, mientras yo me pongo los guantes.

MAGD. Bien, señor. *(Lo hace.)* Va usted á salir ahora?

ANGEL. Sí, voy al Senado; pero no me detengo mas de lo que dure la votacion: adviérteselo asi á la señora, cuando vuelva.

MAGD. Está muy bien.

ANGEL. Y recuérdale que tenemos hoy convidados.

MAGD. Descuide usted, señor.

ANGEL. Trece cubiertos. Entre tanto que viene mi mujer, haz tú los preparativos necesarios. Que esté bien servida la mesa.

MAGD. No hay cuidado.

ANGEL. Pues hasta luego. *(Váse por el foro.)*

ESCENA II.

MAGDALENA.

Mire usted si es desgracia! Yo que habia dado esta tarde una cita en el Retiro al jóven aquel, que vino siguiéndome el domingo pasado desde la casa de fieras! Pues! y con el cumpleaños de la señorita Matilde, que se ha trasladado á casa, porque el coronel Cienfuegos, su tutor, marcha á América, todo anda revuelto, y es imposible que me separe de aqui!—Pero si no me engaño oigo un carruaje... Será tal vez la señora.—Si yo le pidiera licencia para salir puede que me la concediese. Pero no; tengo que asistirla al tocador, y ya se acerca. Voy... No es una lástima que me esté esperando inútilmente aquel jóven tan guapo? *(Disponiéndose á entrar en el cuarto de la izquierda.)* Cielos! Qué veo? No es él? Sí: y viene dando el brazo á mi señora...qué significará esto? *(Váse por la izquierda.)*

ESCENA III.

CLEMENCIA.—FLORENCIO.—UN LACAYO.

LACAYO. *(A Clemencia.)* Tiene Usia alguna órden que dar?

FLORENC. (Gran Dios! Esta señora tiene señoria!)

CLEMENC. Ninguna. *(El lacayo hace una profunda reverencia y sale por el foro.)*

FLORENC. *(Al lacayo.)* Beso á usted la mano.

CLEMENC. Já! já! já! *(Desprendiéndose de Florencio.)*

FLORENC. Otra vez, señora! Otra vez esa risa tan cruel y tan...

CLEMENC. Cruel? Nada de eso: esta risa prueba que no le conservo rencor....

FLORENC. No entiendo...

CLEMENC. Por saludar afectuosamente á un lacayo, cuando yo no le he merecido la honra de que me dirija la palabra desde que se dignó aceptar un asiento en mi carretela á la salida del Retiro.

FLORENC. Ay! Ojalá me encontrara todavia enfrente de la jaula de los monos!

CLEMENC. Caballero, permítame usted hacerle observar que hallándose enfrente de mí, esa resuelta aficion por la historia natural no es una galanteria del mejor gusto.

FLORENC. Sí, pues para galanterías estoy yo, despues del rapto...

CLEMENC. Se atreverá usted á decir que yo lo he cometido?

FLORENC. Digo! me parece que... y si no, vamos á reasumir.

CLEMENC. Como usted guste.

FLORENC. Yo me hallaba en los jardines del Buen-Retiro, en la casa de fieras...

CLEMENC. Frente á la jaula de los monos.

FLORENC. Entregado á las mas altas consideraciones de la mas alta filosofia; consideraciones que creo inútil decir...

CLEMENC. Pero que yo creo adivinar. Tal vez consideraba usted que siendo el mono un irracional que imita mucho al hombre, era de lamentar que existiesen hombres que imitan mucho al mono... Adelante.

FLORENC. (Esto lo dice por mí; pero yo no hago caso, y es como si no lo hubiera dicho... Adelante.) Consideraciones que creo inútil decir... cuando pasa á mi lado una mujer...

CLEMENC. Aqui entro yo.

FLORENC. Una mujer hermosa... vaporosa... grandiosa...

CLEMENC. Insensible á la adulacion.

FLORENC. Pero no á la justicia.

CLEMENC. Gracias, adelante.

FLORENC. Adelante: yo la sigo...

CLEMENC. Ella no le hace á usted caso.

FLORENC. Pero yo no hago caso de que ella no me hace caso, y el caso es siempre el mismo; y el caso es que la sigo siempre.

CLEMENC. Se sienta para que usted prosiga su paseo...

FLORENC. Pero yo siento que ella se siente, y para no sentir haberla seguido en vano, me siento á su inmediacion. Principio á insinuarme, la digo que me llamo Florencio Carreras...

CLEMENC. Que no ha seguido usted ninguna...

FLORENC. Pero que he dado varias; que vivo con algun desahogo, gracias á la renta de una casita que poseo en la calle de la Manzana, sana como una *idem* cuando la *idem* está sana.

CLEMENC. Ella, viendo que era tarde, quiere separarse de usted.

FLORENC. Pero es inútil, porque yo le ofrezco mi brazo, un carruaje y un cubierto en L'Hardy...

CLEMENC. Ella lo rehusa...

FLORENC. Y por último...

CLEMENC. Y por último, conociendo que era imposible librarse de su pertinacia, se resuelve á aceptar el brazo de usted, ofreciéndole á su vez en lugar de un prosáico carruaje de número, una carretela sino de lujo, á lo menos de buen tono, y un asiento á su mesa.

FLORENC. En lo cual recibí una leccion.

CLEMENC. Que espero no sea la última. Llegamos á la verja.

FLORENC. Como la llevaba á usted del brazo, me pareció feo apretar á correr.

CLEMENC. Subimos al coche y llegamos á casa...

FLORENC. Donde continúa usted burlándose de mí, y como este es el tercer chasco que me sucede por seguir á las mujeres...

CLEMENC. Y por qué las sigue usted?

FLORENC. Por higiene, señora. Cuando murió mi tio, dejándome la casita de la calle de la Manzana, abandoné mi plaza de corredor de Bolsa, me entregué á la pereza, y me puse tan gordo... Temiendo el médico que yo muriese como murió mi tio... (mi tio murió de un ataque de apoplegía) me ordenó hacer mucho ejercicio; pero andar por andar es tan soso... Procuré andar leyendo, pero se me iba la vista, y cuando la fijaba en algun transeunte, advertia que me observaba con curiosidad... como á un animal raro... En fin, á fuerza de discurrir, di en se-

guir á las mujeres, con lo cual hacia ejercicio y encontraba emociones.

CLEMENC. Pero dice usted que le han pasado dos lances...

FLORENC. Sin contar este, cuyo desenlace no veo.

CLEMENC. Seria indiscrecion preguntar á usted cuáles han sido?

FLORENC. No por cierto, señora. Figúrese usted que en los últimos bailes de Capellanes seguia yo una noche á cierta máscara que me parecia ser de gentil presencia. Despues de haberme acercado á ella diferentes veces, la pedí un wals, que me concedió; luego una polka, un schottichs, y qué sé yo cuantas cosas mas. Lo cierto es que anduve dos ó tres horas bailando.., y paseando... y charlando. Ya mi incógnita divinidad estaba á punto de humanizarse, cuando de pronto la oigo exclamar:—«Cielos! mi marido!»—Pero, señora...—Sálveme usted, caballero, añadió.—Y qué he de hacer?—Conducirme á un carruaje.—Al punto.... y corrimos hácia la puerta; pero sea que el cansancio la marease, que lo ajustado del corsé la fatigara, ó que verdaderamente la persiguiera el marido, á los cuatro pasos se dejó caer desmayada en mis brazos. Como es natural, lo primero que hice para que respirase mejor, fué quitarle la careta. Nunca lo hubiera intentado! Sabe usted á quién habia estado haciendo la corte por tan largo espacio de tiempo? A una longevidad andante, ó mas bien dicho, danzante! A una mujer con medio siglo á cuestas! Cargué con el medio siglo, y lo deposité en un carruaje, sin cuidarme de recojer mi abrigo que estaba en el guarda-ropa. Al siguiente dia me hallaba en cama con un fuerte dolor de costado y otro mas fuerte en el alma, productos ambos de mi desgraciada aventura.

CLEMENC. No trató usted de averiguar el nombre de la dama?

FLORENC. Para nada me servia. Lo que hice, fué el juramento de no volver á enamorar á ninguna máscara, fiándome de las apariencias.

CLEMENC. El segundo chasco...

Florenc. Voy á contárselo á usted. Esta vez era la escena en el teatro Real. Yo me habia remontado en busca de Eva, que, si no en persona, representada por sus numerosas descendientes, acudia solícita al afortunado coliseo. Hacian aquella noche *Roberto el diablo*; pero qué habia yo de atender á la ópera, ni qué se me importaba de Roberto ni del diablo, cuando tenia enfrente de mí, en una delantera de palco segundo, un hermoso ángel con rostro de mujer? Un ángel que me hacia considerar como un paraiso el estrecho asiento de *idem* en que yo me encontraba. No dejé de contemplarla durante toda la representacion, y concluida esta, yo, fiel á mi sistema, determiné seguirla hasta averiguar donde vivia. Pero el cielo estaba en contra. A la salida del teatro reparé que llovia á mares. Mi bella jóven y su acompañante, que era un caballero de regular edad y de unos bigotes algo mas que regulares, tomaron el único carruaje de alquiler que alli habia. Mi primera intencion fué subir á la trasera del coche, y averiguar así donde paraban; pero esto tenia el inconveniente de mojarme y de plagiar á Calderon. Entonces se me ocurrió una idea luminosa. Cuando iba el caballero á poner en el estribo un pié, caí sobre el otro con tal fuerza de gravedad, que le hice prorrumpir en una enérgica espresion, añadiendo en seguida:—«Es usted un animal.—Mayor lo es usted, respondí yo. —Exijo una satisfaccion.—No hay inconveniente.»—Y cambiamos de tarjetas. De esta manera supe donde vivia; pero, como usted conoce, no era cosa de arriesgar el pellejo por un simple pisoton: así es que le habia dado, en vez de mi tarjeta, una que por fortuna tenia allí de mi sastre. A los pocos dias quise que este me hiciera una levita, pero el pobre hombre no podia coser... porque le habian pespunteado las espaldas de una paliza harto regular. El ejemplo, sin embargo, no me arredró, y proseguí haciendo el amor á mi bella del teatro Real, que al fin correspondió á mi cariño...

CLEMENC. Permítame usted que le haga observar una cosa. No encuentro hasta ahora que haya sido usted chasqueado en este segundo lance, sino que al contrario...

FLORENC. En lo que llevo referido, ciertamente no. Pero ay señora! Hace algunos dias que mi hermosa jóven ha desaparecido sin dèjarme rastro de su huella, ni la menor noticia por donde me sea fácil indagar su paradero.

CLEMENC. Y usted lamenta su desaparicion, siguiendo á todas las mujeres que encuentra? No es así?

FLORENC. Ya he suplicado á usted que me permita salir,

CLEMENC. Y entonces seriamos trece á la mesa, porque ha de saber usted que hoy tengo convidados.

FLORENC. Pero yo...

CLEMENC. Se negaria usted á hacerme ese pequeño servicio? Yo soy algo supersticiosa, y por todo el oro del mundo no me sentaria á la mesa en que solo fuéramos trece. Conque cuento con usted?

FLORENC. Bien, señora; pero...

CLEMENC. Dispénseme usted entretanto. Debo dar algunas órdenes... y... queda usted en su casa.

FLORENC. Es decir que no deja usted que me marche?

CLEMENC. Entonces seriamos trece. (*Saluda y váse por la izquierda.*)

ESCENA IV.

FLORENCIO.

Mas de trece mil pesadumbres me llevas tú ya dadas, implacable mujer! Digo, qué bien decia Quevedo... ya no me acuerdo cómo decia; pero lo que yo digo es que aquí no estoy bien. Ay, Florencio! Es menester que renuncies á tu apellido... Carreras! Cuántas llevo dadas por seguir á las mujeres! Si ahora pudiera retirarme... (*Se dirige hácia el foro á tiempo que aparece don Angel. Florencio retrocede.*)

ESCENA V.

FLORENCIO.—DON ANGEL.

ANGEL. (*Tapándose los oidos con ambas manos y arrojándose sobre un sillon, cerca de la entrada.*) Qué sesion tan borrascosa!

FLORENC. (Será uno de los trece?)

ANGEL. (*Viendo á Florencio.*) Dispense usted, caballero, no habia reparado... (*Se levanta.*)

FLORENC. Ruego á usted que no se moleste...

ANGEL. Usted pretenderá ver á Clemencia?

FLORENC. Yo?

ANGEL. A la señora? No es cierto?

FLORENC. Acaba de retirarse; pero vuelve al momento.

ANGEL. Tanto mejor! (*Sentándose y haciendo igual indicacion á Florencio.*) Tome usted asiento, caballero.

FLORENC. (*Sentándose.*) Con que usted es...

ANGEL. Senador.

FLORENC. Honroso cargo!

ANGEL. Usted será diputado?

FLORENC. No... no, señor.

ANGEL. Hombre, y por qué no es usted diputado?

FLORENC. (Vaya una pregunta!)

ANGEL. Pero aquí viene mi mujer. (*Mirando á la izquierda.*)

FLORENC. (*Mirando al mismo sitio, y reparando en Clemencia, que sale.*) (Su mujer!)

ESCENA VI.

Dichos.—CLEMENCIA.

CLEMENC. (*A Florencio.*) Perdone usted que le haya hecho esperar. (*Florencio saluda.*) Amigo mio, (*A don Angel.*) Te presento este caballero á quien no conozco. Le he encontrado en el Reti-

ro, y me ha seguido, instándome para que le acompañase á comer, de tal manera...

ANGEL. (A comer!)

CLEMENC. Que hubiera creido faltar á la política, si no le devolviese cortesmente su invitacion.

FLORENC. (*A Clemencia, á media voz.*) Señora...

CLEMENC. (*A Florencio, idem.*) Es necesario que yo me vengue. (*Sigue hablando aparte con su marido.*)

FLORENC. (Vá á arrojarme por la ventana! Esto es sublime! (*Asomándose á ella.*) Es decir, elevado.)

ANGEL. (*Ap. á su mujer.*) Dices bien. (*Alto y dirigiéndose á Florencio.*) Caballero, tengo un placer en haber conocido á usted, y me tomo la franqueza de suplicarle que se siente.

FLORENC. Pero...

ANGEL. Yo se lo ruego.

FLORENC. Pero...

ANGEL. Yo lo exijo.

FLORENC. Como usted quiera. (*Don Angel y Florencio se sientan, y Clemencia se pone al piano, jugueteando en él á media voz.*)

ANGEL. Con que tiene usted la costumbre de seguir á las mujeres?

FLORENC. Yo no sabia...

ANGEL. Mi esposa dice que le han sucedido á usted algunos chascos...

FLORENC. (Y esté vá á ser el último.) Crea usted que yo no esperaba...

ANGEL. Usted ha invitado á mi mujer sin conocerla: por su bella cara, como suele decirse.

FLORENC. Repito que si hubiera sabido...

ANGEL. Es usted demasiado amable, caballero, y nosotros trataremos de corresponder á tan escesiva cortesanía...

FLORENC. Por última vez, yo ignoraba...

ANGEL. De manera, que tendremos el gusto de que nos acompañe usted hoy á la mesa?

FLORENC. Yo espero que concluyamos...

ANGEL. Cómo! Formaria usted queja porque mi mujer no haya aceptado su ofrecimiento? No es falta suya. Hoy tenemos algunos convidados.... y quiere decir que para otro dia...

FLORENC. *(Levantándose, don Angel hace lo mismo.)* Caballero!...

ANGEL. Usted no puede objetar un compromiso anterior, toda vez que proponia á mi mujer...

FLORENC. (Me vá á arrojar por la ventana! Bien considerado, este es el mejor medio de dar golpe.)

CRIADO. (*Saliendo por el foro y anunciando. Clemencia se levanta.*) Don Benito Franco y su señora. *(Váse.)*

CLEMENC. (*A Florencio.*) Son parientes mios, y parte de mis convidados. Voy á presentarle á usted.

FLORENC. Piedad, señora, compasion!

CLEMENC. La ha tenido usted de mí?

FLORENC. (Voy á pasar un rato delicioso!) *(Don Angel se adelanta á recibir á los recien llegados, hablándoles por lo bajo de Florencio y señalando á él.)*

ESCENA VII.

Dichos.—DON BENITO.—DOÑA MERCEDES.

MERCED. (¡Cielos! el jóven de Capellanes!)

FLORENC. (Mi aventura de las máscaras!)

CLEMENC. *(Tomando de la mano á Florencio.)* Os presento este caballero á quien no conozco. Le he encontrado en el Retiro. *(Clemencia continua en voz baja: Florencio saluda sin saber qué hacerse: los demas rien.)*

FLORENC. (Por qué no me habré yo metido á conspirador? Así me hubieran preso, pero me veria libre de semejantes apuros.)

CRIADO. (*Anunciando.*) Los señores de Gonzalez. (*Entran algunos convidados.*)

FLORENC. (Sigue la broma!) (*Tratando de evadirse. Clemencia se adelanta y repite el mismo juego de antes. Ap. á esta.*) Piedad, señora!

CLEMENC. (*Ap. á Florencio.*) Es la pena del talion. *(A los convidados.)* Presento á ustedes, amigos mios, este caballero, á quien no conozco. Lo he encontrado en el Retiro... (*Sigue en voz baja. Risas.*)

FLORENC. (Se rien y yo estoy haciendo el gasto!)

BENITO. } En el Retiro! Já! já! já!
CONVIDS. }

FLORENC. (Lo dicho: se están burlando de mi! Esto es lo que se llama haberme puesto en berlina!)

ANGEL. (*A Florencio.*) No se acerca usted, caballero?... Cómo se llama usted, amigo mio?

FLORENC. (*Paseándose inquieto.*) Florencio Carreras.

ANGEL. Es un bonito nombre, y que debe estar en armonia con su hábitos... Usted dará muchas carreras...

FLORENC. (*Deteniéndose y mirando al techo.*) (Que no hubiera donde poder ahorcarme!)

BENITO. Este caballero habrá seguido diferentes carreras?

UN CONV. La militar acaso?

ANGEL. Parece mas bien arquitecto. (*Florencio vuelve á pasear. Acercándose á él.*) Sigue usted á alguien, señor de Carreras?

FLORENC. (*Deteniéndose y volviendo á mirar las paredes.*) Miraba los cuadros. (Bonito cuadro estoy yo haciendo!) (*Don Angel se separa.*)

CLEMENC. (*Acercándose á Florencio.*) Y bien, amigo mio?

FLORENC. Señora, suplico á usted que me deje marchar...

CLEMENC. Entonces quedariamos trece...

FLORENC. Pues bien, sea usted generosa y concédame de una vez su perdon.

CLEMENC. Mas tarde podrá ser.

FLORENC. Y sin embargo, usted se llama Clemencia!

CLEMENC. (*Acercándose á los convidados.*) Juego de palabras. Aun no hemos concluido.

ANGEL. A propósito, señores: he reunido una coleccion de cuadros bastante regular. Si ustedes quieren que pasemos á verla...

TODOS. Sí, sí: vamos. (*Todos se dirigen hácia la primera puerta de la izquierda. Entre los últimos queda Florencio que cede cortesmente el paso al que le sigue; y asi que todos han salido, vuelve rápidamente, toma su sombrero y trata de ganar la puerta del fondo á tiempo que aparece Matilde.*)

ESCENA VIII.

FLORENCIO.—MATILDE.

FLORENC. *(Encontrando á Matilde.)* Ah!
MATILD. Cielos!
FLORENC. Matilde!
MATILD. Florencio!
FLORENC. Qué feliz casualidad!
MATILD. Casualidad?.. Pues qué... usted conoce á Clemencia?
FLORENC. A Clemencia? Sí: la conozco... (Por mi desgracia!) la conozco desde...
MATILD. Desde cuando?
FLORENC. Desde... Pero eso no importa. Qué feliz soy en que nos volvamos á ver!
MATILD. Muy feliz?
FLORENC. Oh! Sí: no tiene duda.
MATILD. Sin embargo, su conducta para conmigo...
FLORENC. Mi conducta? Conque yo soy quien deberia tener queja...
MATILD. Usted?
FLORENC. Yo. Haberme abandonado, sin decirme una palabra!..
MATILD. Pero mi carta le esplicaria á usted...
FLORENC. Qué carta? Y qué decia esa carta?
MATILD. Decia que mi tutor se marchaba á América, y que yo me iba con otros parientes. Despues estuve mala...
FLORENC. Pobre ángel mio! Conque...
MATILD. Caballero, yo no quiero que usted me llame su ángel.
FLORENC. Por qué?
MATILD. Porque ya no le amo.
FLORENC. Que ya no me ama usted? Pero segun eso, antes...
MATILD. Antes, sí le amaba á usted.
FLORENC. Mucho?
MATILD. Mucho. Y me alegro de podérselo decir para castigarle por no haber querido buscarme.

FLORENC. Pero no me acuse usted de indiferencia, Matilde! Si yo he hecho por encontrarla cuanto es posible hacer! Yo he cruzado Madrid en todas direcciones: he paseado largamente por el Retiro... por la fuente Castellana... por el Campo del Moro. He seguido á cuantas mujeres he encontrado: quiero decir á cuantas se parecian á usted.

MATILD. De veras, Florencio?

FLORENC. Oh! Sí. *(Asoma Clemencia por la izquierda.)*

MATILD. Mi tia!

FLORENC. (Su tia! No me queda una gota de sangre en las venas!)

ESCENA IX.

MATILDE.—FLORENCIO.—CLEMENCIA.

CLEMENC. Adios, Matilde. Te presento este caballero á quien no conozco. Le he encontrado en el Retiro.

MATILD. Cómo? *(Siguen hablando las dos en voz baja.)*

FLORENC. (Pues! *(Mirándolas.)* Clemencia se rie! Matilde no se rie! Se lo está contando todo, no hay duda! Para cuando son los terremotos?)

CLEMENC. No se acerca usted, amigo?

FLORENC. Señora, quiere usted que yo salga de aqui con los cabellos blancos?

CLEMENC. Mi sobrina es una jóven sin esperiencia, y yo debo prevenirla contra un hombre que tiene la costumbre de seguir á las mujeres.

FLORENC. Señora, declaro que ante la venganza de usted, el tormento de la rueda y del caballete eran juegos de sociedad.

CLEMENC. Yo necesito velar sobre mi pupila... Matilde, quieres que repasemos hoy la leccion?

MATILD. Como usted guste. (*Clemencia se acerca al piano.*)

FLORENC. (Esta maldita frase me perseguirá siempre? «Presento á usted este caballero á quien no conozco.» (*Mientras Clemencia arregla los papeles*

de música Matilde saca su pañuelo y á hurtadillas llora.) Pero llora usted, Matilde?

MATILD. No señor.

FLORENC. Qué le ha dicho á usted su tia?

MATILD. Nada.

FLORENC. Pero escuche usted al menos mi justificacion.

MATILD. No tengo tiempo.

CLEMENC. Principiamos ya? *(Hace algunas escalas en el piano.)*

FLORENC. Todo ha sido una ligereza, una locura sin consecuencia.

MATILD. No señor, es un crimen.

FLORENC. Un crimen?

MATILD. Sí: yo que no le habia olvidado!

FLORENC. Cómo?

MATILD. Déjeme usted estudiar.

CLEMENC. Pero, hija, voy á estar haciendo yo escalas todo el dia?

MATILD. Cuando usted quiera podemos principiar. *(Matilde toma el papel de música.)*

FLORENC. Necesito justificarme.

MATILD. Mónstruo!

CLEMENC. Cómo? *(Volviendo la cara.)*

MATILD. Nada: decia al señor que me recogiese el papel de música. *(Dejándolo caer.)* Mi tia me ha dicho *(A Florencio.)* que usted sigue á las mujeres.

FLORENC. No lo crea usted.

MATILD. Ello es que usted ha seguido á mi tia.

FLORENC. Eso es diferente.

MATILD. Qué! no ignoraba usted que era mi tia?

FLORENC. No por cierto.

MATILD. Entonces porque no me lo dijo usted antes?

FLORENC. Porque no me acordaba; pero lo sabia.

MATILD. Mentira! Hace poco decia usted que habia sido una lijereza... una locura.

FLORENC. Pues! Una lijereza, una locura que el amor me hacia cometer; porque al fin... yo... pues... (No sé lo que me digo!)

MATILD. Es verdad eso?

FLORENC. Oh! Sí. (Ella no comprende una palabra, ni yo tampoco.)

CLEMENC. Vamos, me parece *(Levantándose.)* que la leccion se queda hoy en el papel. Quieren ustedes

que pasemos á donde están los otros convidados?

FLORENC. Como usted guste, señora.

CLEMENC. Pues vamos.

FLORENC. Vamos. (*Ap. á Matilde rápidamente al tiempo de pasar.*) Necesito hablar con usted.

MATILD. (*A Florencio idem.*) Aquí volveré. (*Salen los tres por la segunda puerta de la izquierda y Magdalena aparece por el fondo.*

ESCENA X.

MAGDALENA.

Todavia se me figura que está aqui. Si pudiera hablarle... Y qué guapo es! Vamos, que no he hecho una mala conquista! Bien mirado, aunque no fuese tan buen mozo, con tal de que me sacara de penas... quiero decir de soltera... Y por qué no? Algunos me dicen que soy bonita. Sin ir mas lejos ese don Benito, pariente de la señora, me lo aseguraba tambien, cuando yo servia en la calle del Lobo, donde él iba con frecuencia. Pero aquí se acerca el otro...

ESCENA XI.

MAGDALENA.—FLORENCIO.

FLORENC. (Me ha dicho que la espere...)

MAGD. No se haga usted el distraido, caballero.

FLORENC. Diablo! Por dónde has entrado?

MAGD. Vaya una pregunta! Por la puerta.

FLORENC. Pero eso no me esplica...

MAGD. Eso se se esplica con decir que vivo en la casa.

FLORENC. Ya! Con que tú sirves aquí...

MAGD. Pues! de doncella. Pero pronto dejaré de serlo.

FLORENC. Cómo?

MAGD. Quiero decir que si usted me quiere de veras, tratará de que nos establezcamos...

FLORENC. (Calla! pues no lo ha tomado por lo serio!)

MAGD. Ya verá usted qué felices somos...

FLORENC. (Con brava conquista hemos salido!) No lo dudo; pero hija, es menester no apresurarse...

MAGD. Qué oigo! Trataria usted solo de engañarme, de seducirme?

FLORENC. Quién piensa en ello?

MAGD. Así son los hombres!

FLORENC. Pero, si yo....

MAGD. Cuando una les toma aficion, se burlan...

FLORENC. Repito, que...

MAGD. *(Gimoteando.)* Y luego...

FLORENC. Vamos, cálmate, hermosa.

MAGD. Yo no soy hermosa.

FLORENC. Pues serás la primera que ponga dificultad en creerlo.

MAGD. Y yo me figuraba que usted solo venia por mí: que no habiéndome hallado en el Retiro, donde nos vimos el domingo pasado...

FLORENC. Donde estabas contemplando los monos...

MRGD. Habia usted pretendido hablarme, y para eso me buscaba.

FLORENC. Cierto que sí; pero... (*Aparece Matilde por la izquierda.*)

MAGD. Con que podré estar segura del cariño de usted?

ESCENA XII.

Dichos.—MATILDE.

MATILD. (Cielos! qué oigo!)

FLORENC. Bien; pero ahora...

MAGD. Ya verá usted. El domingo que viene, iremos al Retiro, y usted me acompañará como el otro dia...

MATILD. *(Adelantándose.)* Segun eso usted ha seguido tambien á Magdalena?

FLORENC. (Ahora sí que la hemos hecho!) Matilde, yo necesito esplicarle...
MATILD. Basta, caballero.
FLORENC. Oigame usted.
MAGD. (Qué significa esto?)
MATILD. Basta: hemos concluido. *(Váse.)*

ESCENA XIII.

MAGDALENA.—FLORENCIO.

FLORENC. (*Cuando Matilde ha desaparecido, Florencio se adelanta con aire amenazador hácia Magdalena que retrocede asustada.*) Te voy á estrangular.
MAGD. Pero qué significa esto?
FLORENC. Significa que has venido á destruir mi felicidad, y que vas á pagar tu delito.
MAGD. Mi delito?
FLORENC. Significa que adoro á Matilde, y que tú, necia criadilla, á quien en un momento de estravio tuve el mal gusto de galantear, has venido á robar mis últimas ilusiones, á arrebatarme mis últimas esperanzas.
MAGD. Pero...
FLORENC. Te voy á estrangular. (*Haciendo sentar á Magdalena y levantándose las mangas de la levita.*) Siéntate: así me será mas cómodo.
MAGD. Caballero!...
FLORENC. *(Reflexionando.)* Calla! Se me ocurre una idea.
MAGD. Una idea?
FLORENC. Levántate. (*Magdalena se levanta.*) Toda esa gente se ha ligado contra mí, y me tiene bajo sus garras...
MAGD. Qué garras?
FLORENC. Las que no te importan. Pues bien, es necesario que les llegue su turno.
MAGD. No comprendo...
FLORENC. Ni te hace falta. Un medio tienes para conservar tus dias. Cuéntame algun secreto horrible de esta familia, alguna aventura abominable.... y vivirás.
MAGD. Pero...

FLORENC. Descúbreme los secretos de tu señora.

MAGD. Yo no conozco ningun secreto suyo.

FLORENC. No conoces los secretos de tu señora? De qué sirves entonces? En qué te ocupas? Vamos, reflexiona... piensa... busca... Te concedo cinco minutos.

MAGD. Yo no sé qué decir...

FLORENC. Dílo todo.

MAGD. Ah!

FLORENC. Te has salvado.

MAGD. Esta mañana, cuando yo sacudia un vestido de la señora, cayó del bolsillo...

FLORENC. Un retrato?

MAGD. No, señor, una carta.

FLORENC. Carta de algun amante? No es así? Venga.

MAGD. Aquí está; pero...

FLORENC. Tranquilízate: no haré mal uso. *(Leyendo el sobre.)* «A doña Esperanza Suarez...»

MAGD. Es un nombre supuesto.

FLORENC. Ya comprendo. *(Abriendo la carta.)* Leamos pronto «Señora...» Qué principio tan frio: mejor es que empezara «Angel mio...» No importa. Continuemos. «Señora: permita usted á un pobre padre de familia bendecir la mano bienhechora que...»—Imbécil! no tienes otra cosa que descubrirme?

MAGD. Qué quiere usted que yo sepa?... Ah! ya me acuerdo de otra cosa.

FLORENC. Eres feliz, porque si no...

MAGD. Hace algunos dias habia yo tambien salido una tarde á ver...

FLORENC. Los monos?

MAGD. No, señor; á uno de mis parientes.

FLORENC. Lo mismo da.

MAGD. Calle del Barquillo. Yo bajaba la escalera cuando sentí que otra persona subia.

FLORENC. *(Con interés.)* Era Clemencia, no es verdad? habla: eres una escelente muchacha.

MAGD. No queriendo ser sorprendida...

FLORENC. En casa de tus parientes? Comprendo... Volviste á subir...

MAGD. Primero un piso, luego dos, luego tres... Ya estaba en lo alto...

FLORENC. Y tu señora subia siempre?

MAGD. Entonces me oculté en un rincon que formaba la boardilla...

FLORENC. Donde entró Clemencia?

MAGD. Eso es.

FLORENC. Ya hemos dado con lo que deseaba. El amor feliz visitando al genio en las alturas! Allí viviria algun poeta?

MAGD. No sé. Yo me puse á mirar por la cerradura, y vi que mi señora sacaba una pequeña botella y un paquete...

FLORENC. Pues! una botella de Jerez ó Málaga y un pastel...

MAGD. No, señor, eran medicamentos.

FLORENC. Repito que serian...

MAGD. No tenga usted duda: eran medicinas.

FLORENC. Has concluido tu relacion?

MAGD. Qué quiere usted que yo le diga?

FLORENC. Anda: no sirves para nada: no te quiero á mi servicio.

MAGD. *(Observando por la izquierda.)* Aquí viene mi señora con su prima doña Mercedes y don Benito...

FLORENC. *(Observando tambien.)* (Qué idea!) Sabes algo de doña Mercedes? No: de esa sé yo bastante. De su marido, don Benito, podrias contarme algo?

MAGD. Oh! de ese, tal vez.

FLORENC. Entonces, date prisa: eres una escelente muchacha.

MAGD. Pero...

FLORENC. Vámonos de aquí: ocúltame en tu habitacion, en la cocina, en cualquiera parte...

MAGD. Pero...

FLORENC. Eres una escelente muchacha. *(Vánse por el fondo.)*

ESCENA XIV.

CLEMENCIA.—DOÑA MERCEDES.—DON BENITO.

CLEMENC. No es cierto que mi aventura es divertida?
BENITO. Parece increible!
MERCED. Pues á mí me agrada.
CLEMENC. Un hombre que sigue á las mujeres por la calle y que les invita á comer sin conocerlas!...
MERCED. De alguna manera se ha de hacer el conocimiento. No es verdad, querido?
BENITO. Ciertamente.
CLEMENC. Qué oigo! Tú apruebas...
BENITO. No por cierto. Lo encuentro de mal género.
MERCED. Cómo de mal género?
BENITO. Quiero decir...
MERCED. Estás equivocado.
BENITO. No digo que no.
CLEMENC. Cómo es eso? Te retractas?
BENITO. (Pero, Señor, á quién he de dar yo la razon?)
CLEMENC. Repito que seria un escelente cuadro de costumbres el de un jóven que por seguir á las mujeres...

ESCENA XV.

Dichos.—FLORENCIO.

FLORENC. Se viera en los mayores conflictos, no es así? En berlina... como suele decirse. Pues bien: tengo que hacer una pequeña observacion. La extravagancia con que á primera vista me he conducido, saben ustedes lo que significa? Ha sido nada mas que un pretesto para acercarme á ustedes y pedirles la mano de la señorita Matilde, á quien amo, y de quien creo ser correspondido.
CLEMENC. Cómo!

BENITO. Qué dice usted?

FLORENC. Confieso que no conociéndome ustedes bastante, mi pretension corre el peligro de ser desventajosamente acogida; pero yo que he tenido la fortuna de adquirir anticipadamente algunas noticias de las personas á quienes me dirijo, me lisonjeo, atendida su amabilidad, con la esperanza de que apoyarán mis deseos.

MERCED. (Puede contar mi aventura de las máscaras.)

BENITO. Caballerito, prevengo á usted que hay otro pretendiente á la mano de nuestra sobrina, y que yo estoy dispuesto á...

FLORENC. A renunciar á ese proyecto, no es verdad?

BENITO. De ningun modo.

FLORENC. *(Ap. á don Benito.)* Segun eso, usted prefiere que yo dé á conocer sus visitas á cierta casa de la calle del Lobo?

BENITO. Basta: concedido. (*Se dirige á su mujer como para convencerla.*)

CLEMENC. *(Acercándose.)* De qué medio se ha valido usted?

FLORENC. En mi cualidad de perseguidor de las mujeres, no es estraño que averigüe algunos secretos...

CLEMENC. Pero conmigo no se halla usted en ese caso, y yo me opondré siempre...

FLORENC. Entonces suplicaría á doña Esperanza...

CLEMENC. Cómo! conoce usted?...

FLORENC. A doña Esperanza? Desde esta mañana.

CLEMENC. Y si ella rehusara tambien...

FLORENC. Entonces, publicaria de qué manera la espléndida señora lleva consuelos y dinero á donde se oculta la pobreza, y tal vez la desesperacion. Publicaria de qué manera, bajo el schal de cachemira de la mujer elegante, se encubren las alas de un ángel... Y entonces perderia usted el inefable placer que le proporciona su inocente misterio. Apoye usted mi pretension ó descubro toda la bondad de su alma. Qué responde doña Esperanza?... (*Pausa.*)

CLEMENC. Presento este caballero...

ESCENA XVI.

Dichos.—Don Angel.—Matilde.

Angel. A quién no conoces?
Clemenc. Al contrario: que conozco bien, y que es digno de nuestra sobrina Matilde.
Matild. (*Con alegre sorpresa.*) Ah!
Angel. (*Con estrañeza.*) Eh?
Merced. } (*Con asentimiento.*) Oh!
Benito. }
Florenc. (*Con satisfaccion.*) Uf!
Angel. Pero...
Clemenc. Ya todos hemos consentido; y ademas, sin él seriamos trece á la mesa. Conque si tú no le niegas tu voto...
Angel. Yo, hija? Nunca he sido de la oposicion. Yo voto siempre con la mayoria.

Florenc. *(A Clemencia.)*
Ya soy feliz, señora,
mas no pensaba
que en el número trece
mi dicha estaba.
Clemenc. Para la mia
falta que dé un aplauso
la mayoria.
(Señalando al público.)

FIN.

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 26 de Mayo de 1854.

Segun el informe evacuado por el Sr. Censor, puede representarse.

Quinto.

EN UN ACTO.

Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De potencia á potencia.
Las avispas.
El Aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.
El rey por fuerza.
Las obras de Quevedo.
Un protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El chal verde.
Como usted quiera.
Un año en quince minutos.
Un cabello!
El don del cielo.
La esperanza de la Patria, *loa*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases Pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Mi media Naranja.
¡Un ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turron de noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS A TODA ORQUESTA.

El tren de escala.
Aventura de un cantante.
La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El duende.
El duende, segunda parte.
Las señas del archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El marido de la mujer de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!!
Los dos Venturas.
De este mundo al otro.
El sacristan de San Lorenzo.
El alma en pena.
La flor del valle.
La hechicera.
El novio pasado por agna.
La venganza de Alifnoso.
El suicidio de Rosa.
La pradera del canal.
La noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del duende, para piano y canto.

OBRAS.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avecilla.
Legislacion militar de España, por D. Pablo Avecilla.
Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.
Curso de Derecho Mercantil de España, por el doctor D. Pablo Gonzalez Huebra.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Albacete. . .	D. Nicolás Herrero y Pedron.
Alcalá. . . .	Benigno García Anchuelo.
Alcoy. . . .	José Martí y Roig.
Algeciras. . .	Clemente Arias.
Alicante. . .	Pedro Ibarra.
Almagro. . .	Antonio Vicente Perez.
Almeria. . . .	Mariano Alvarez.
Andujar. . .	Domingo Caracuel.
Antequera . .	Joaquin Maria Casaus.
Aranda. . .	Manuel Martin Fontenebro.
Aranjuez. . .	Gabriel Sainz.
Arévalo. . . .	José Espinosa.
Avila.	Vicente Santigo Rico.
Avilés. . . .	Ignacio García.
Badajoz . . .	Sra. Viuda de Carrillo.
Baena. . . .	Francisco Fernandez.
Baeza. . . .	Francisco de P. Torrente.
Barbastro. . .	Mariano Ferraz.
Barcelona . .	Juan Oliveres.
Idem.	José Piferrer y Depaus.
Baza.	Joaquin Calderon.
Bejar	Vicente Alvarez.
Berja. . . .	Nicolas del Moral.
Bilbao. . . .	Nicolás Delmas.
Borja	Manuel Marco Cadena.
Burgos. . . .	Timoteo Arnaiz.
Cabra. . . .	Manuel Rendon.
Cáceres. . . .	José Valiente.
Cádiz.	Severiano Moraleda.
Calatayud . .	Bernardino Azpeitia.
Carrion . . .	Luis Agudo Luis.
Cartagena. . .	Vicente Benedicto.
Cervera. . . .	Joaquin Gasset.
Chiclana. . .	Manuel Alvarez Sibello.
Ciudad-Real.	Antonio Mexía.
Córdoba . . .	Joaquin Manté.
Coruña. . . .	José Lago.
Cuenca. . . .	Pedro Mariana.
Ecija.	Ciriaco Jimenez.
Figueras. . .	Jaime Bosch.
Gerona. . . .	Francisco Borja.
Gijon.	Vicente de Escurdia.
Granada. . .	José María Zamora.
Guadalajara .	Fermin Sanchez.
Habana. . . .	Charlain y Fernandez.
Haro. . . .	Pascual de Quintana.
Huelva. . . .	José V. Osorno é hijo.
Huesca. . . .	Bartolomé Martinez.
Igualada. . .	Joaquin Jover y Serra.
Jaen. . . .	José Sagrista.
J. la Frontra.	José Bueno.
Leon	Manuel Gonzalez Redondo.
Lérida. . . .	Manuel de Zara y Suarez.
Llerena . . .	Bernardino Guerrero.
Lisboa. . . .	Silva Junior.
Loja.	Juan Cano.
Lorca. . . .	Francisco Delgado
Lugo. . . .	Manuel Pujol y Masia.
Lucena . . .	Juan Bautista Cadena.
Málaga . . .	D. Francisco de Moya.
Manila. . . .	Ramon Somoza.
Manresa. . .	Manuel Sala.
Manzanares. .	Dimas Lopez.
Mataró. . . .	José Abadal.
Medina Sidon.	Francisco Ruiz Benitez.
Mérida. . . .	Manuel de Bartolomé Diez.
Mondoñedo. .	Francisco Delgado.
Murcia . . .	José Galan.
Orense. . . .	José Ramon Perez.
Oviedo. . . .	Bernardo Longoria.
Palencia. . .	Gerónimo Camazon.
Palma. . . .	Pedro José García.
Pamplona. .	Ignacio Garcia.
Paris.	Lassale y Melan.
Plasencia . .	Isidro Pis.
Pontevedra. .	Juan Verea y Varela.
Priego. . . .	Gerónimo Caracuel.
P. Sta. María.	José Valderrama.
Requena. . .	Antolin Penen.
Reus.	Juan Bautista Vidal.
Rioseco. . . .	Marcelino Tradanos.
Rivadeo. . .	Francisco F. de Torres.
Ronda. . . .	Rafael Gutierrez.
Rota.	Pedro Gomez de la Torre.
Salamanca. .	Rafael Huebra.
S. Fernando.	José Tellez de Meneses.
San Lucar. .	José Maria del Villar.
Sta. Cruz Tf.	Pedro M. Ramirez.
S. Sebastian.	Sres. Domercq y Sobrino.
Santander. .	José Aguirre.
Santiago. . .	Sres. Sanchez y Rua.
Segovia. . . .	Eugenio Alejandro.
Sevilla. . . .	Cárlos Santigosa.
Idem.	Juan Antonio Fé.
Soria.	Francisco Perez Rioja.
Talavera. . .	Angel Sanchez de Castro.
Tarragona . .	José Pujol.
Teruel. . . .	Vicente Castillo.
Toledo. . . .	José Hernandez
Toro.	Alejandro Rodrig. Tejedor.
Tortosa. . .	Crecencio Ferreres.
T. de Cuba.	Meliton Franc. de Revenga.
Tuy.	Francisco Martinez Gonzalez
Valencia. . .	Francisco Maten y Garin.
Idem.	Francisco de P. Navarro.
Valladolid. .	José M. Lezcano y Roldan.
Valls.	Cayetano Badía.
Velez Málaga	Antonio Maria Cebrian.
Vich.	Ramon Tolosa.
Vigo.	José María Chao.
Vill. y Geltrú	José Pers y Ricard.
Vitoria. . . .	Bernardino Robles.
Ubeda. . . .	Francisco de P. Torrente.
Utrera. . . .	Juan de Alba.
Zafra	Juan de Dios Hurtado.
Zamora. . .	Manuel Conde.
Zaragoza . .	Pascual Polo.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Fuencarral, casa Astrarena.